

- Las guerras han cambiado mucho. Hoy en día son operaciones militares fulminantes. Cada vez es más difícil encontrar guerras donde un ejército se movilice contra otro ejército. Son más bien guerras asimétricas, informales, que se dan en el interior de los países. Esto ha transformado radicalmente la concepción misma de la guerra y el relato heroico que se hace de ella. Hoy diríamos que la preocupación de Walter Benjamin de que los soldados regresen mudos del frente no nos interpela tanto. Ya no hay que esperar a los soldados para que cuenten la guerra, sino que esa narración está en el testigo, en los testigos involuntarios que son los que sobreviven, por ejemplo, a un bombardeo en Gaza.

- Una figura importantísima en *La palabra que aparece* es Homero. ¿Qué claves nos da la *Iliada* para acercarnos a la guerra desde una perspectiva distinta a la habitual?

- Para mí la gran lección de Homero está en su imparcialidad, en su ambivalencia. Homero, como aqueo, tiene el gran gesto de narrar la guerra de Troya desde la perspectiva de vencedores y vencidos. Narra desde los dos lados. Homero rescata la perspectiva troyana a tal grado que pareciera que el autor fuera troyano. La lección homérica nos muestra que borrar la visión y la vivencia de los vencidos sería como aniquilarlos una segunda vez.

- Homero utilizaba la poesía. ¿Crees que la palabra poética le otorga al testimonio un mayor nivel de verdad o de fuerza?

- Es curioso esto. Creo que Homero nos sirve también para revalorizar las figuras del poeta y del historiador. Diría que hay un cierto vínculo ahí, porque ambos oficios rescatan palabras y acciones que son importantes y que no deben caer en el olvido. Por otro lado, de la *Iliada* también destacaría que narrar trágicamente una guerra precisamente hace que nos afecte, que nos indigne, que nos conmueva. Es decir, literalmente que nos *con-mueva*, que nos mueva a otros destinos y nos conecte a otras experiencias de vida. La literatura y la práctica artística nos ayudan a esto, porque justamente hacen que el dolor ajeno, la pérdida ajena, nos incumba y nos interpele.

La sobreexposición de imágenes e historias que ha traído internet plantea un reto estético y político

- Siguiendo con Homero, me interesa la lectura que Alessandro Baricco hace de la *Iliada* y que incluyes en el ensayo. “La guerra es un infierno, pero bello”, dice el escritor italiano, quien opina que no es posible demonizar la guerra sin antes reconocer la intensidad, potencia y verdad que esta despliega. Y que también se pregunta cómo contrarrestar esa seducción, cómo construir otra belleza igual de potente. Tú propones el duelo como una posible alternativa.

- Sí, Baricco trata de dilucidar a qué puede aspirar un pacifismo hoy en día para poder combatir la violencia. Plantea el problema casi en términos de Spinoza, es decir: si la guerra es una pulsión, un afecto, entonces la mejor forma de combatirlo es con otro afecto de mayor potencia. Y ahí justamente es cuando planteo la relevancia que puede tener un afecto como el duelo. Muchas veces se

olvida que la *Iliada* termina con un funeral, cuando Aquiles le entrega el cuerpo de Héctor al padre de este, Príamo. Y no solo le entrega el cuerpo, sino que les da unos días a los troyanos para que haya un duelo digno. Esto es interesante y plantea preguntas para que desde una perspectiva de izquierda o progresista nos interroguemos sobre qué clase de afectos pueden ser movilizados, democráticamente, frente a las violencias.

- Anteriormente hablabas de la idea de Virginia Woolf de que las fotografías de barbarie obtenidas en las guerras podían ser una herramienta para, precisamente, acabar con los conflictos bélicos. En la actualidad, ¿la sobreabundancia de imágenes y testimonios de violencia nos está incapacitando para sentirnos interpelados y conmovidos?

- La sobreexposición de imágenes e historias que ha traído internet plantea un reto estético y político, porque puede terminar anestesiándonos e impidiéndonos reconocer los testimonios reales de violencia, que son a los que tenemos que prestar atención. Cuando alguien nos otorga un testimonio de violencia nos hace corresponsables, en cierto modo. Y en ese momento es cuando hay que acompañar a la víctima, hay que tratar de visibilizar su daño, su pérdida, y también su exigencia de justicia y de verdad. Para responder a tu pregunta, diría que tenemos que ser capaces de distinguir las imágenes y las historias que verdaderamente importan.



Enrique Díaz Álvarez, autor de 'La palabra que aparece'. EFE/ENRIC FONTCUBERTA

- En *La palabra que aparece* escribes también sobre la conquista de América por parte de los españoles. Explicas, que hasta 1959, con la publicación del libro *Visión de los vencidos*, del antropólogo e historiador mexicano Miguel León Portilla, no se empieza a estudiar todo el proceso de ocupación del continente desde la perspectiva nativa.

- El relato de la conquista se ha contado como una epopeya, como si un puñado de valientes encabezados por un valeroso y genial Hernán Cortés terminara pasando por encima de una civilización entera. Este mito se ha deconstruido en los últimos años, porque ya se sabe que la [caída de Tenochtitlan](#) no hubiera sido posible sin las alianzas que los conquistadores españoles crearon con otros pueblos indígenas que estaban sometidos a los aztecas. Pero sí, este ejemplo revela la fascinación y culto por los héroes, quienes desde el principio supieron bien que el primer botín de la guerra radica en poder narrarla.

- Como ilustras en el libro, lo que sabemos de la conquista de América se mueve entre la realidad y la ficción. Se trata de un relato que aglutina el trabajo de los cronistas de Indias, los escritos de Hernán Cortés y la enorme influencia que tuvieron las novelas de caballerías en los conquistadores que quisieron contar lo que allí vivieron.

- Creo que una revisión histórica de este acontecimiento nos tendría que llevar a reconocer que la mezcla de realidad y ficción en la conquista es constante. El historiador [Irving Leonard](#) planteó exactamente eso: estudiar a fondo cómo influyó la lectura de novelas de caballerías a la narración que muchos de los soldados, que eran también cronistas, hicieron de la conquista. Por eso fue tan importante un ejercicio como el de León Portilla con *Visión de los vencidos*. Los testimonios indígenas siempre estuvieron ahí (aunque fueran muy escasos), pero lo que hace León Portilla es recopilarlos, reagruparlos en una antología que muestre la conquista desde la perspectiva de los pueblos nativos. Así, León Portilla abre otro relato, nos revela otra guerra muy distinta.

El nacionalismo mexicano ha construido una historia de bronce donde siempre se enaltece el pasado

- Al mismo tiempo, en tu ensayo criticas la forma en que el nacionalismo mexicano ha relatado el pasado del país, etiquetando de traidores a figuras como [La Malinche](#) o a las sociedades nativas que se aliaron con los españoles para derrotar a los aztecas.

- Sí, digamos que el nacionalismo mexicano ha construido una historia de bronce donde siempre se enaltece el pasado y la grandeza del imperio azteca. Aunque, al mismo tiempo y de manera paralela, se ha precarizado, segregado y folclorizado a los herederos y supervivientes de los pueblos nahuas. Lo que vivieron estos pueblos fue expolio, explotación, racismo y la extinción de sus lenguas. Ambas visiones, la nacionalista española y la mexicana, son visiones muy binarias y maniqueas, de héroes y villanos. Por fortuna, el mito de La Malinche como traidora al pueblo mexicano ha sido ya criticado y revisado por muchas lecturas feministas.

- En los últimos capítulos del libro te centras en la situación del México actual. Hablas de un “país de fosas”. ¿Cómo narrar la violencia que se ha producido en México desde que comenzó la guerra contra el narcotráfico?

- Desde el 2006 para acá, en México vivimos una crisis de violencia y violación de los derechos humanos sin precedentes. Desde que se declaró la guerra contra el

narco se calculan más de 250.000 asesinatos, más de 60.000 desaparecidos, entre 10 y 11 feminicidios diarios... Estamos ante unas cifras propias de una guerra civil no declarada. Y creo que es importante asumir esta situación para después poder llegar a la conclusión de que todos, en mayor o menor medida, hemos sido testigos involuntarios del horror. Durante estos últimos 15 años nos hemos acostumbrado a imágenes e historias atroces, y eso nos exige reconocernos como parte de toda esta trama. Entonces, desde las prácticas artísticas y narrativas, y también desde la academia, no podemos mantenernos al margen de esta coyuntura. Yo me pregunto: ¿a qué nos compromete escribir o dar clases en un país rodeado de muertos, en un país que camina sobre fosas comunes? Bajo mi punto de vista, uno de los que abrió una puerta a esta idea, años antes de que se declarara la guerra al narco, fue [Roberto Bolaño](#) con su novela 2666. En este libro abundan las páginas donde Bolaño describe los [feminicidios de Ciudad Juárez](#) casi como si fuera una cuestión forense. Aquí uno entiende el peligro que hay en que la multitud de asesinatos termine anestesiándonos. Esta situación nos obliga a pensar cómo se ha narrado y cómo se ha incorporado el testimonio de las víctimas y de sus familiares dentro de las prácticas narrativas y cinematográficas contemporáneas.

- ¿Crees que el testimonio podría servir como una herramienta que relacione y entretaja, de alguna forma, las experiencias de violencia que recorren Latinoamérica?

- Es complicado. Escribiendo el libro, al intentar comprender la violencia en la que estamos sumidos en México, tuve muy claro que no convendría aislarnos en nuestro horror doméstico. Por ejemplo, siento que Colombia nos lleva 25 años de ventaja en reconocer el peso que tiene el testimonio para aspirar a la verdad, a la justicia y a la [reparación](#). A fin de cuentas, si algo compartimos los latinoamericanos es que vivimos en contextos de violencia e impunidad desde finales del siglo XX para acá. Sería importante reconocer y visibilizar los testimonios y vivencias de muchas de nuestras mujeres, de nuestros hombres y de nuestros niños que solo cuentan con su palabra. El testimonio es su forma de hacer que su palabra cuente, y en eso nos hacen a todos corresponsables de su dolor y de su pérdida.

https://www.coolt.com/libros/enrique-diaz-alvarez-palabra-silenciada_314_102.html